



EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 47. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 25 DE NOVIEMBRE DE 1866.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, AÑO X. un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

REVISTA DE LA SEMANA.



han hecho en este bendito Madrid tantos comentarios y pronósticos tantos con motivo de la función de fuegos con que nos obsequió *gratis* el cielo durante las noches del 12 y 13 del mes que corre ¡ay! casi con tanta rapidez como las estrellas que tomaron parte en ella, que se nos erizan los cabellos. Guerras, desolacion, pestes, hambre, sequía, inundaciones, cataclismos de todo género y calibres... hé ahí, en compendio, el

juicio que, en pleno siglo XIX, año de 1866, formaron muchos de los espectadores. Porque las estrellas no se presentaron con el aspecto ordinario, sino arrastrando una cola (vulgo *rabo*) que nos reimos nosotros de las que arrastran las mas elegantes damas por calles y estrados, y del apéndice del Banco de España que, en tiempos no lejanos, tanto dió que hablar á las gentes y tanto que meditar á los que se dedican al estudio de los fenómenos astronómicos y del crédito terrestre. La cola del Banco pasó; la de las estrellas tambien; recobren, pues, su tranquilidad los ánimos, que lo pasado no ha de volver, al menos mientras las leyes que rigen la vida no sean modificadas por El que gobierna los mundos, único sér dotado de voluntad, de fuerza y de sabiduría bastantes para ello. Rindámosle, pues, el tributo debido de nuestra admiracion y de nuestro amor, y arrojemos siquiera una flor á los piés de la ciencia humana, reflejo, aunque pálido, de la divina, que con exactitud matemática habia anunciado aquel espectáculo maravilloso, en que innumerables astros, como desprendidos del firmamento, alumbraron nuestro

planeta con ráfagas de fuego, inundando de luz el espacio, y dejando en pos de sí por mucho tiempo melancólicas estelas semejantes á la claridad fosforescente del Océano.

Hablemos ahora de la cola italiana. Correspondencias particulares insertas en periódicos de esta córte, anuncian que el general Fleury pasa á Florencia con instrucciones para reclamar por la cesion del Véneto una pension de 21.000.000 de francos para Su Santidad, y las garantías y seguridades necesarias de que se respetará el poder temporal y la independencia de la Santa Sede. Corroborá la certeza de esta noticia la circular que, segun despacho telegráfico del 18, fechado en aquella capital, ha dirigido el baron de Ricasoli á los prefectos italianos, y del que tomamos á la letra lo mas importante: «Despues (dice) de ejecutada la convencion de setiembre, la cuestion romana no ha de ser causa de agitaciones. Italia ha prometido á Francia y á Europa no interponerse entre el Papa y los romanos. Italia debe mantener su promesa, y esperar de la eficacia del principio nacional el triunfo infalible de sus derechos. Toda agitacion que tenga por pretexto la cuestion romana, debe, pues, ser desaprobada, prohibida y reprimida.»

Principia á hablarse de la probable vuelta de M. Rattazzi al gobierno; fúndase este rumor en las simpatías que, al parecer, tiene este hombre de Estado entre los electores venecianos, á quienes varios amigos suyos recomiendan la candidatura, y que deben nombrar cincuenta diputados.

Austria y Prusia, que acaban de andar á la greña, se hallan en vías de darse la mano y echar pelillos á la mar, si ha de creerse al *Diario de Viena*, que confirma la apertura de las negociaciones entre las dos grandes potencias alemanas. Que Prusia eche pelillos á la mar, cosa es que no debe sorprender á nadie, puesto que sus greñas quedaron intactas en la última lucha; algo más difícil es que los eche Austria, si no se los arranca de la peluca de que necesariamente habrá tenido que proveerse.

El emperador de Rusia ha declarado abolidas las servidumbres, gabelas y monopolios que pesaban sobre 450 poblaciones del reino de Polonia, y que en virtud de los antiguos derechos feudales constituian propiedades en favor del Estado ó de algunos habitantes de aquellas poblaciones. Sin duda es de agradecer toda medida que contribuya á dulcificar la amarga suer-

te de la infeliz Polonia; pero hechos de esta clase, antes parecen sarcasmos que liberalidades, en quien otros de mayor importancia é interés para aquella nacion mártir, los contradicen y desvirtuan á menudo, trayéndonos á la memoria la conducta de la vieja del cuento, que encendia una vela á la Virgen y dos al diablo, y la de los bandidos de nuestros romances vulgares, que robaban y asesinaban, sin perjuicio de llevar al cuello escapularios y de mandar decir misas que oian con un fervor edificante.

Parece que Rusia y Prusia quieren celebrar un tratado ofensivo y defensivo, cuyas bases han de ser éstas: la Galitzia austriaca, la Bohemia y el reconocimiento del título de emperador de Alemania, constituirán la indemnizacion estipulada en favor del segundo de los dos soberanos, por el auxilio que ha de prestar al primero en sus empresas contra la Turquía europea hasta Constantinopla inclusive. Supónese que los Estados-Unidos de América tienen, asimismo, antojo por un puerto en el Mediterráneo, y que, por satisfacerlo, no dudarian en prestar su apoyo á los ruso-prusianos. La última parte de esta noticia presenta, á nuestros ojos, el aspecto de una bola, y no pequeña, formada quizá por la imaginacion asustadiza de algun gobierno, á quien, desde la guerra entre Italia, Prusia y Austria, hasta los dedos se le hacen huéspedes.

La salud de la emperatriz Carlota vá mejorando, aunque con lentitud, y hay esperanza de salvarla, fundándose en que la antigua idea que se habia fijado tenazmente en su imaginacion de que iba á ser envenenada, ha desaparecido, si bien ha dado lugar á otra manía. Desmientese el rumor de que el emperador Maximiliano estaria llamado á subir al trono de Polonia, en el caso de sobrevenir ciertas eventualidades espresadas en una comunicacion confidencial que se suponía haber recibido. Tampoco se ha confirmado la muerte del príncipe de Gales, heredero de la corona de Inglaterra, el cual, cazando en Rusia, cayó del caballo, sufriendo la fractura de una clavícula.

Nada aseguramos por hoy respecto de la cuestion del Pacífico, pues aunque varios periódicos del vecino imperio insisten en que ha sido admitida la mediacion de Francia y de Inglaterra, y aun añaden que se sabe de una manera oficial, la *Gaceta de Madrid* no ha hablado; hasta entonces, pues, nos contentaremos con repetir: *ver y creer*. Pero con el fin de que nuestros lectores se hallen al corriente de todo lo que, en tanto,

se dice, transcribiremos las condiciones de la espresada mediación, según la *Patrie*:

«Se pondrá (dice) en vigor el antiguo tratado entre España y las cuatro repúblicas aliadas; se derogará el decreto de espulsión de los súbditos españoles; se devolverán los prisioneros de guerra y los buques que no hayan sido destruidos; no habrá indemnización de guerra ni de ninguna otra clase por los daños que se hayan recíprocamente causado las naciones beligerantes; se saludarán, mutuamente, las banderas de las naciones en guerra.» Tales son también, con corta diferencia, las bases de la paz que leemos en el *Courrier des Etats-Unis*.

Casi todo el batallón Florida ha quedado en el campo de batalla, de resultas del último combate ocurrido entre los paraguayanos y el ejército argentino. Este último encuentro, uno de los más terribles de tan desoladora lucha, ha llenado de consternación á Montevideo, en donde las señoras se dedican sin descanso al cuidado de los heridos, pues casi todas tienen entre ellos alguna persona querida.

Ha fallecido en Brownbach, de un ataque apoplético, don Miguel de Braganza, rey que fue de Portugal. Tenía 64 años de edad, y ha dejado siete hijos, de los cuales el primogénito es Miguel Carlos.

Esperábase que con la competencia de tantas espendurias de tabacos como se han abierto en esta corte, obtendrían los fumadores una doble ventaja en la calidad y en el precio: no disputaremos sobre la calidad, pues, en efecto, en los cien ó más despachos hay donde escoger, y el que no quede contento no es hombre de gusto; en cuanto al precio, ya es diferente; si caros estaban los tabacos antes, caros están ahora, y sin embargo, el consumo ha aumentado de una manera fabulosa. Hombres de cuya cabeza sólo salía antes humo como de una chimenea ambulante, parecen hoy hombres de muchos humos.

Tres mil duros de entrada ha producido á la Ristori en Nueva-York la pública lectura de la tragedia *Maria Stuart*; ignoramos lo que en Madrid habrá producido á Zorrilla, con ser Zorrilla, la de sus poesías; pero cualquiera que sea, deseáramos que este espectáculo, iniciado por él en España, no se interrumpiese, y que ya bajo una ú otra forma, ya en teatros ó en locales *ad hoc*, y aplicando parte de las utilidades, por ejemplo, á objetos benéficos, llegase á arraigar en nuestras costumbres, lo cual contribuiría á difundir las luces y el amor á lo bello hasta las últimas clases de la sociedad, hasta de los que carecen completamente de instrucción. Nosotros hemos hablado ya acerca del particular con escritores distinguidos, y creemos que el pensamiento no debe echarse en saco roto. ¡Así pudiéramos conseguir que la prensa lo tomara en cuenta! Con esto, y sin más que esto, y un poco de voluntad en los que se asociaran para el caso, habríamos andado la mitad del camino.

La Sociedad de cuartetos anuncia seis conciertos de música clásica, que se efectuarán en el salón del Conservatorio, ejecutándose piezas de Haydn, Mozart, Beethoven y otros célebres compositores, por Monasterio, Castellano, Perez y Lestán Pló, acompañados por Zabalza. Los conciertos se darán en los días siguientes: El 1.º, en 25 del mes actual; el 2.º, en 2 de diciembre; el 3.º, en 16 de id.; el 4.º, en 13 de enero; el 5.º en 27 de id., y el 6.º en 3 de febrero.

Los músicos, los pintores, todo el mundo hace algo en favor de su arte y de sus intereses; los escritores se contentan con el *dolce far niente*; esto no quita para que acusen á la mala estrella que aquí persigue á la literatura, lo cual, en absoluto, es una verdad como un templo, pero no acusan á su indolencia, causa verdadera y principal, acaso, de la desgracia que deploran.

El señor Catalina, (don Juan) debe estar satisfecho de la extraordinaria acogida que el público ha dispensado á su juguete cómico *El padre de la criatura*: un éxito feliz ha coronado también la obra del señor Larra, titulada *El bien perdido*.

Entre otras producciones que se escriben ó se han escrito para los diferentes teatros de verso, citanse *Quien siembra vientos...* de Ortiz de Pinedo.—*Quiero y no puedo*, de Eguilaz.—*Oros, copas, espadas y bastos* y *El Dios éxito*, de Larra.—*Calderon*, de Escosura (don Patricio).—*Hoy*, de Marco.—*El maestro de hacer comedias*, de Escrich.—*Palco, modista y coche*, de Picon, y *Los sentidos corporales*, de Breton de los Herberos. Las empresas no han de llorar por falta de novedades: están, pues, de enhorabuena. ¡Ojalá podamos decir otro tanto de los autores y de la dramática!

Por la revista y la parte no firmada de este número,
VENTURA RUIZ AGUILERA.

LOS VEGETALES Y LA ATMOSFERA.

El aire en que viven los animales y las plantas es una mezcla de dos gases muy diferentes. El uno, que es casi inerte y sin influencia perceptible en los fenómenos naturales, se llama azoe; el otro, que por el contrario, tiene las propiedades más activas y repre-

senta el papel principal en el mantenimiento de la vida sobre el globo, es el llamado oxígeno. Entre otras facultades, tiene la de unirse íntimamente con el carbon, y mientras se opera esta combinación, se desprende una cantidad considerable de calor y de luz. Se dice que el carbon se quema, al principio se cree que se aniquila, pero no hace más que transformarse en un gas que se mezcla con el aire y en el que la química encuentra á la vez todo el carbon que se ha quemado y todo el oxígeno que se ha unido al carbon. A este gas se le ha dado el nombre de ácido carbónico, para recordar su origen y su composición.

La madera, que está esencialmente compuesta de carbon y de agua, arde del mismo modo, abandonando el agua, la cual se evapora transformando el carbon en ácido carbónico. Las frutas, las hortalizas, el pan, todos nuestros alimentos que tienen una composición química análoga á la de la madera, podrían quemarse como ésta en un hogar, y según Lavoisier, la sustancia de dichos alimentos experimenta una combustión verdadera, pero lenta, en el sistema de respiración de los animales que la comen. Todo animal es, pues, un hogar y todo alimento un combustible; el oxígeno del aire se absorbe en la respiración y es reemplazado por el ácido carbónico; el agua es arrojada por las vías naturales ó por la exhalación.

Puesto que el ácido carbónico es engendrado necesariamente por la vida animal, debe formar parte integrante de nuestra atmósfera. Los químicos, en efecto, lo encuentran en ella, pero en una proporción mínima, como de 4 á 5 litros por 10,000; este gas no puede ya sostener la vida ni la combustión, puesto que, al contrario, es la consecuencia de ellas. Así, todos los animales que son colocados bajo campanas llenas de aire, agotan rápidamente el oxígeno, lo reemplazan por ácido carbónico y se mueren pronto, no por un efecto tóxico de este gas, sino por falta de alimento respiratorio.

Un médico de Ginebra, Carlos Bonnet, que vivía hácia mediados del siglo XVIII, fue el primero que se dedicó prácticamente á estudiar la influencia que ejercen las plantas sobre la atmósfera y para esto hizo dos experimentos que han quedado después como clásicos. Por el primero, probó que la luz ejerce sobre las partes verdes de los vegetales una atracción tan viva, que puestas en la oscuridad, se dirigen y se inclinan hácia las aberturas, por donde penetra aunque no sea más que un poco de luz. El segundo experimento le demostró, que hallándose sumergidas en agua, las plantas desprenden, estando al sol, una gran cantidad de aire; pero Bonnet no pudo llegar más allá; no supo qué aire era éste, porque en aquel tiempo se ignoraban aun por completo las primeras nociones de la química moderna.

Priestley fue conducido por las consecuencias mismas de sus descubrimientos á estudiar la acción de las plantas sobre la atmósfera. Acababa de aislar el gas que sostiene energicamente la combustión de las bugías y la respiración de los animales, por cuya razón le había llamado aire vital. Había reconocido, además, que pequeños animales encerrados en este aire ó en el atmosférico, alteraban en seguida sus cualidades hasta el punto de morir en él ó apagar las bugías. Al ver que todos aquellos animalillos viciaban por sus exhalaciones el aire confinado, comprendió que todos los individuos del reino animal producen el mismo efecto de un modo continuo en la atmósfera entera, y que deberían fatalmente morir en ella, si no hubiese en el juego de las fuerzas naturales una acción continua inversa, que tiende á devolver al aire su pureza á medida que ésta es destruida por la respiración animal. Este contrapeso, esta acción regeneradora la buscó y la halló en los vegetales.

Puso en el aire, bajo una especie de campana de vidrio, cerrada, un animal y una planta; el primero, corrompió el aire y murió, pero al cabo de cierto tiempo Priestley reconoció que la segunda había restituido al aire la propiedad vital ó la pureza necesaria para sostener la vida. Este era uno de los hechos más considerables de la mecánica del mundo. Desde aquel instante se supo, aunque sin haber penetrado bien los detalles, que los vegetales y los animales ejercen influencias contrarias; estos haciendo el aire impropio para el sostenimiento de su vida, aquellos reparando el mal.

Ingen-Housz, que había estudiado los trabajos de Priestley, dice que las plantas no solo tienen la facultad de modificar favorablemente el aire impuro en seis días ó más, sino que verifican este acto importante en pocas horas del modo más completo; que esta operación maravillosa no se debe de ningún modo á la vegetación, sino á la influencia de la luz del sol sobre las plantas; que comienza solo algún tiempo después que el sol se ha elevado sobre el horizonte y que está suspendida enteramente durante la oscuridad de la noche; que las plantas que están á la sombra, bien por los edificios ó bien por otras plantas, no cumplen este deber, es decir, no purifican la atmósfera, sino que al contrario, exhalan un aire mal sano y esparcen una verdadera ponzoña en la atmósfera que nos rodea; que la producción del buen aire comienza á disminuir al terminar el día y cesa por completo al ponerse el sol;

que todas las plantas corrompen el aire que las rodea durante la noche; que no todas las partes de la planta purifican el aire, sino solamente las hojas y las ramas verdes; que las plantas acres, de mal olor y aun las venenosas, llenan este deber del mismo modo que las que esparcen el olor más suave y son más saludables.

Ingen-Housz acababa de descubrir así la fuerza que determina la respiración de las plantas; esta fuerza, que ni aun se había sospechado, viene del sol, es la luz. Se esparce en las hojas que la absorben y ejecuta el inmenso trabajo de regenerar la atmósfera. El paso más importante y más difícil se había dado, pero quedaba todavía otro tanto que hacer. Después de Ingen-Housz, se trató de descubrir qué clase de alteración era la que los animales determinaban en la atmósfera, y en qué consiste el remedio que aplican los vegetales. Lavoisier fue quien dió la solución de este nuevo problema. La encontró el día en que demostró que los animales absorben el oxígeno, abrasan lentamente las materias orgánicas de que se alimentan y devuelven cuando espiran una cantidad de ácido carbónico que contiene todo el carbon que han gastado. El aire viciado ó corrompido, como lo llamaban Priestley ó Ingen-Housz es, pues, el aire privado de oxígeno y cargado de ácido carbónico, y como las plantas lo purifican, dedúcese de un modo incontestable, que descomponen este ácido carbónico, cuyo carbon conservan y cuyo oxígeno restituyen á la atmósfera.

Mientras la atmósfera suministra el carbon á las hojas, las ramas llevan á las mismas el agua que se ha sacado del suelo, y es natural creer que estos dos cuerpos que se encuentran, se combinan mutuamente; así sucede, en efecto, pero en proporciones que varían mucho. Si 12 moléculas de carbon se reúnen á 10 moléculas de agua, pueden dar nacimiento á la celulosa, que constituye á la vez los vasos y todo el esqueleto de la planta, á la fécula, que todo el mundo conoce, ó á la dextrina, que es soluble y de la que á veces se hacen jarabes; pero según las circunstancias y los órganos, la proporción de los dos cuerpos puede variar y con ella los productos químicos que resultan. Así, pues, 12 moléculas de carbon combinadas con 14 de agua, constituyen la glucosa ó azúcar de uvas, que llena los racimos cuadrados; y si de esta glucosa se quitan dos moléculas de agua, se formaría la caña de azúcar ó la remolacha. En resumen, por procedimientos que nos son desconocidos, encontrándose el agua y el carbon en las hojas, se unen químicamente y producen una multitud infinita de compuestos diferentes según los lugares, los órganos, la naturaleza, la edad y las condiciones exteriores del vegetal.

Además de las sustancias de que acabamos de hablar, y que están compuestas de carbon y de agua, las plantas crean otra clase de materias que están caracterizadas por un exceso de hidrógeno; tales son las grasas, los aceites, las ceras, los bálsamos, las esencias, etc. ¿De dónde viene este hidrógeno? Forman también materias en las que se ve aparecer un cuarto elemento, el azoe; ¿viene de la atmósfera? ¿Le toman de los abonos? Estas cuestiones conciernen directamente á la agricultura, y para ellas es preciso consultar á la química. El que las ha tratado primero y de un modo mejor es Mr. Boussingault, que se encontraba en las condiciones más á propósito para ello, puesto que hallándose á la cabeza de una gran explotación agrícola, tenía, además, mucha experiencia de los ejercicios más delicados del análisis químico. Las observaciones y experimentos de este célebre químico, unidos á los trabajos de Mr. Payen, nos dan el resultado siguiente. Todos los órganos de los vegetales comienzan por una materia azótica análoga á la fibrina, á la que poco á poco vienen á añadirse los tejidos celulares y fibrosos, que haciéndola hincharse, producen la planta entera. Esta fibrina no se destruye jamás; se encuentra en todos sus órganos formando así el rudimento de todas las partes de la planta, que no puede desarrollarse sin ella y por consiguiente sin el azoe, que es su base esencial. En resumen, las plantas están compuestas de carbon, de agua y de hidrógeno en exceso; contienen, además, un cuarto cuerpo simple, el azoe, que se encuentra en ellas en proporción muy mínima, pero cuya presencia es esencial á la vida. La atmósfera suministra abundantemente el carbon; las lluvias dan el agua, es decir, el oxígeno y el hidrógeno; el azoe se pide al suelo, pero como es raro en él, se le introduce bajo la forma de abono; esta es la gran preocupación del agricultor; el mayor, el más inevitable y el más productivo de sus gastos, sobre todo en ciertos países.

(Se concluirá.)

A.

EL LORO DE MI VECINA.

(CONCLUSION.)

III.

—Buenos días, vecino, me dijo, fijando en mí una de sus enloquecedoras miradas.
—Mejores los tenga usted, vecinita, la contesté es-

forzándome cuanto pude por ensayar una sonrisa y por dulcificar mi acento.

—Mejores! pues ¿qué le pasa á usted?
—Nada, hija mia, casi nada; una pequeña desgracia que puede usted remediar si, como no dudo, es usted tan amable que acceda á una súplica que voy á hacerle.
—¡Jesus! ¿me habia usted asustado con ese tono!... ¿y qué es ello, vecino? ya sabe usted que deseo complacerle...

—En todo, vecinita?
—En todo cuanto me sea posible.
—Gracias, mil gracias, hija mia; pero temo que, á pesar de la bondad y la dulzura que le son características...

—¡Vaya! no empiece usted con sus adulaciones...
—Se arrepiente usted de su promesa?
—Pues qué ¿tan grave cosa es la que tiene usted que pedirme?

—Grave precisamente, no; pero quizá usted la crea una exigencia demasiado atrevida.
—¡Por Dios, vecino, que me va usted poniendo otra vez en cuidado! Veamos qué exigencia es esa, y acabe usted, que voy á darle de almorzar á mi Periquito. ¿No oye usted cómo me llama?

En efecto, el maldito loro gritaba á la sazón desafiadamente: ¡Pepita! ¡Pepita! ¡bizcochos para el lorito!

—Sí, que lo oigo,—continuó,—y mire usted por cuanto, vecina, ha venido usted á colocar involuntariamente el dedo sobre la llaga.

—No comprendo lo que usted quiere decirme con eso.

—Digo que á propósito del señor Periquito, como usted le llama...

—De mi loro?
—Justamente: de él es de quien tengo que hablar á usted.

—Pues ¿qué ha hecho?... ¿ha dicho alguna picaresca?... no, pues eso no se lo enseño yo; sino que, como tiene tan buena memoria, se las oye á los chicos de la calle y luego las repite, sin saber lo que dice.

—Tranquílese usted, vecina: Periquito es inocente de ese crimen de lesa moralidad. Es un loro demasiado bien educado para producirse de una manera inconveniente. Respecto á eso hay que hacerle justicia.

—¿Verdad que sí?
—¡Oh! sí, señora: —no recuerdo haberle oido ninguna palabrota mal sonante. Otro es el motivo de mi queja.

—Pues, ¿qué es?... ¿le ha pedido usted la pata y no ha querido dársela?

—Tampoco, hija, tampoco; me guardaria muy bien de pedirle nada al señor Periquito. ¡Si fuera á su linda carcelera, ya era otra cosa!

—Pues, mire usted, es muy complaciente.
—¿Quién? ¿la carcelera?

—No, no; ¡mi loro!
—Sí, no digo que no; pero como yo soy tan poco aficionado á bichos...

—¿Bicho llama usted á un loro tan bonito? ¡Vaya una gracia!

—Perdone usted, vecinita. Si usted se enfada, me será imposible decirle...

—No, hijo mio, no me enfado; pero, la verdad, no me gusta que ultrajen á mi Perico. ¡Es tan mono! mire usted cómo se columpia... Con que, vamos á ver, ¿en qué ha podido ofenderle á usted el pobrete?

—En qué? en que no me deja hacer cosa de provecho.

—Pues ¿cómo?
—Diré á usted, vecina; como el señor don Perico...

—¡Eso es, búrlese usted ahora de él!

—No, no me burlo: es que le trato con el respeto que se merece y que usted exige.

—Vamos, no sea usted epigramático; y adelante.

—Decía, que como su loro de usted tiene el órgano de la locuacidad tan desarrollado y yo soy tan propenso á distracciones, me es imposible trabajar poco ni mucho cuando llegan á mis oídos sus interminables peroratas, mezcladas con redobles de tambor. En este supuesto, la suplico se compadezca de mí, quitando á Periquito del aire libre y llevándosele á sitio donde yo no pueda oírle.

—¡Jesus! ¡qué raro es usted, vecino!... ¡no gustarle á usted mi loro, cuando tiene una voz tan dulce!

—Sí, señora, me gusta... y mucho que me gusta su voz; pero convenga usted conmigo en que es algo chillona para escucharla continuamente. Con que, ¿verdad, querida vecinita, que va usted á darme ese gusto!

—¡Ay! ¡cuánto lo siento! pero no puedo complacerle.

—¿Por qué, hija mia?
—Porque el animalito se moriria de tristeza, si no le sacara al balcon. ¡Es tan aficionado á la luz y al bullicio de la calle! Mire usted, vecino: el mes pasado, cuando aquellas grandes lluvias, estuvo el pobrecillo sin salir casi una semana; y se quedó tan malo y tan flacucho, que daba lástima verle! Ni comía, ni hablaba... en fin, creí que se me iba á desgraciar.

—¿Qué felicidad hubiera sido!

—¡Ay! ¡qué malos sentimientos tiene usted, hijo!

—Para con él, si señora, lo confieso...

—Para con él y para conmigo, puesto que sabe usted lo mucho que le quiero.

—¿A mí, vecina?... ¿de veras?

—¿A usted?... sí, ¡pues como hace usted tantos méritos! ¡no, señor! ¡á él, á Periquito!

—¿Quién fuera loro!

—¿Para qué?
—Para que esas lindas manos me acariciaran.

—¡Gracias á Dios que empieza usted á deponer esa faz huraña y á estar un poco galante! Vamos, ¿se le pasó á usted ya el mal humor? ¿quiere usted hacer las amistades con Perico? Tome usted este bizcocho: voy á traer la jaula para que usted se le dé.

—Pero, ¡vecina!...

—¡Si es muy bueno!... ¡tan mansito y tan cariñoso!... no tenga usted cuidado, que no pica.

Y diciendo y haciendo, cogió la jaula del papagayo y la puso encima del barandal, frente á mis hocicos.

—¡Chiquirritito mio!—continuó dirigiéndose al loro —¿quién te quiere?

—¡Pepita!—esclamó éste con gangoso acento, mientras picoteaba un pastel.

—Crea usted, vecino,—añadió mi interlocutora— que si usted le tratara de cerca, le habia de tomar cariño involuntariamente.

—Lo que yo creo—repuse mientras le daba, por complacerla, el consabido bizcocho al señor Perico— lo que yo creo, vecinita, es que seria usted la criatura mas deliciosa del mundo y la mas digna de ser amada, si no fuera por la pícara afición que tiene usted á mortificar al vecindario.

—¡Yo!... ¿pues con qué le mortifico?

—¡Ahí es nada! con la presencia y educacion de este pájaro de mal agüero.

Y señalé al loro, apuntándole con el dedo por entre las barras de la jaula; pero me distraje observando el efecto que mis últimas palabras hacian en mi vecina, y no retiré la mano tan pronto como debiera. Esta fue para don Perico una favorable coyuntura que aprovechó encajándose un picotazo de padre y muy señor mio.

A tan brusca acometida, lancé involuntariamente una interjeccion, demasiado enérgica para los púdicos oídos que la recogieron; y al retirar el brazo, con la rapidez que las dolorosas circunstancias requerian, imprimí á la jaula un movimiento oscilatorio que le hizo perder el equilibrio y rodar por el balcon.

¡Desgraciadamente, no fue á la calle!

Mi vecina palideció, dió un agudísimo grito y me llamó hereje.

—¡Hereje! ¡cuando la sangre del martirio chorreaba por entre mis atarazados dedos!

—¡Hereje! ¡cuando por ella y sólo por ella acababa de recibir aquella herida, cuya cicatriz conservaré siempre!

Semejante palabra dió al traste con mis sentimientos amorosos, con las consideraciones que mi ternura me imponia:

—¡Ya estará usted contento!—dijo mi vecina, olvidándose de mi picotazo y muy ocupada en examinar si su querido loro habia recibido alguna lesion en la caída.—Y añadió casi saltándosele las lágrimas:—¡Si lo ha hecho usted adrede!... ¡si estaba usted deseándolo por instantes!... No, ¡pues como mi loro se muera!...

Esta fue la gota que hizo rebosar el cáliz.

—Señorita, repuse fuera de mí—lo peor será que esos temores no se realicen; pero prometo á usted solemnemente despacharle al otro mundo de un mace-tazo, á la primera ocasion que se me presente.

—¿A quién?...

—A ese verdugo de mi existencia que usted acaricia, sin duda por la brava hazaña de haberme aguijereado un dedo.

—¿Se guardará usted muy bien de tocar á mi pájaro!

—¡No señora, no me guardaré, porque su pájaro de usted es una calamidad pública por donde quiera que se le mire!

—Mayor es todavía tener un vecino tan poco amable, tan raro y tan insolente...

—Gracias, hija mia.

—Sí, señor, tan insolente cómo usted.

—Repito las...

—Pero hemos concluido; no quiero conversacion con quien tan poco galante se muestra. Y en cuanto al loro, todas las mañanas le ha de tener usted aquí á primera hora... Veremos si cumple usted su amenaza. Quede usted con Dios.

—Vaya usted con El.

Y desapareció, llevándose al dulce objeto de su cariño.

IV.

Con el alma y el dedo desgarrados por la anterior escena, volví á entrar en mi habitacion, dando un portazo que hizo retremblar la casa.

Sentéme otra vez al bufete, y mientras hacia vanos esfuerzos por recordar el asunto del interrumpido articulo, abrí maquinalmente por la letra F, un antiguo diccionario de Medicina, en cuya página 381 tropezaron mis ojos con el párrafo que á la letra copio:

FILO-LORITIS. Esta enfermedad, desconocida en Eu-

ropa antes de la exploracion del Nuevo-Mundo, ataca por regla general á las señoras mujeres, aunque no faltan casos de invasiones masculinas. Sus efectos son tanto mas terribles, cuanto mayor es el desarrollo del órgano *animamatorio* del paciente. La *filo-loritis* es incurable, y la ciencia médica ha hecho inútiles esfuerzos para combatirla. Contra el amor á los loros no hay antidoto conocido. Las personas invadidas por esta dolencia viven con el alma pendiente de un pico.

«Es muy prudente, no ya para evitar el contagio, sino para no sufrir las consecuencias de la invasion, alejarse de los sitios donde se declare un caso; porque en esta enfermedad, á semejanza de lo que sucede con la locura, las verdaderas víctimas son los infelices próximos á la morada de los dolientes.»

A este rayo de luz científica se dulcificó un poco el resentimiento que guardaba á mi vecina por la pasada escena.

¡Desdichada!—me dije, mientras aplicaba á mi dedo un pedazo de tafetan inglés.—No tiene ella la culpa, sino esa maldita enfermedad que la posee desde niña! Pero es preciso tomar una resolucion desesperada, es preciso obedecer los consejos del Hipócrates y alejarme de ella! Mi corazon lo siente, pero mi tranquilidad lo reclama.

¡Ay, amigo lector! ¡cómo nos engañamos en nuestros propósitos, cuando los latidos de cierta pícara víscera sofocan la voz de la razon, esa voz cuyo frio timbre debiéramos siempre escuchar!

¿Querías creer que he vuelto á abrir mis ya cerradas maletas, á poner la ropa en su sitio ordinario, á reconciliarme con mi vecina y á maldecir á don Perico, á colocarme voluntariamente entre la espada y la pared, es decir, entre mis ocupaciones y el loro?

Apuesto á que me dices aquello de, *tú te lo quieres, fraile mosten*, etc.; pero ¡es porque no la conoces á ella. ¿Qué quieres? es mi destino, mi pecado y mi penitencia, mi gloria y mi purgatorio!...

V.

Concluyo estas líneas, repitiéndote el consejo que te dí al empezarlas:

Si no quieres renegar de tí mismo; si no quieres verte en el durísimo trance en que me veo; si no quieres, en fin, estar en perpetua agonía y recorrer una senda erizada de punzantes abrojos, huye como del cólera de toda niña acostumbrada á pedir la pata y á poner bizcochos en el sucio comedero de un lorito real.

FEDERICO DE LA VEGA.

LA FILOSOFIA ESPAÑOLA.

INDICACIONES BIBLIOGRÁFICAS, POR DON LUIS VIDART.

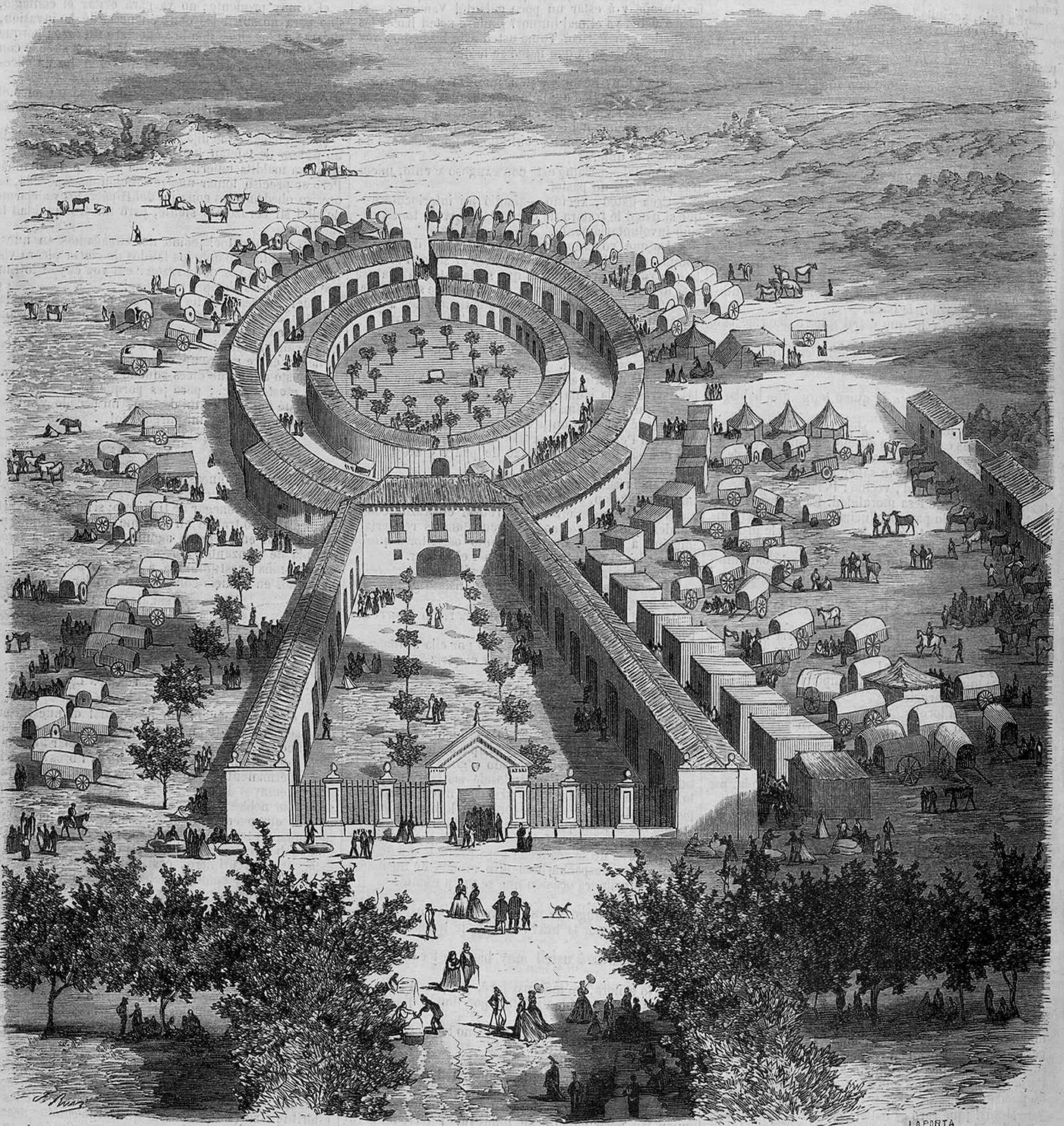
En el escaso movimiento intelectual de nuestra patria, señaladamente en lo que se refiere á los estudios filosóficos, debiéramos agradecer y estimar algo mas de lo que comunmente hacemos, no ya libros de mérito real y permanente como el que nos ocupa, sino los mas ligeros ensayos de este género, con tal que sean inspirados por nobles sentimientos. Pero de las dos clases de público que pueden tener aquí tales obras, el público meramente literario y el que aspira á la filosofía, ninguno sabe reconocer en justicia lo que á sus autores se debe. Para el primero, casi enteramente inculto en nuestra patria, como lo denota desde luego el vacío general de nuestra poesía y la rastrera vulgaridad de nuestra critica (todo con honrosas cuanto contadísimas escepciones), la filosofía es cosa estraña, que en nada toca ni dice relacion con su oficio, aunque no siempre sabe abstenerse de tratar de ella y de dar sobre sus cuestiones un fallo vano y magistral. Y por lo que hace á los que cultivan entre nosotros las ciencias filosóficas, viven mas (cosa harto disculpable) en comercio y sociedad con otros pueblos de Europa, señaladamente con Francia y Alemania, que con el suyo, donde ni aun condiciones exteriores para la tranquila prosecucion de su fin pueden alcanzar. En parte por esto y en parte por la presuncion inherente á todo el que trabaja por empresas que quisiera ver instantáneamente consumadas por arte milagroso, y convertido á ellas el espíritu patrio (sin considerar qué largo camino necesitan todos los grandes fines para entrar siquiera en la conciencia de los pueblos, y cuán laboriosamente logran éstos cada grado de cultura en su historia), esta clase de público no toma interés serio por lo que da de sí el tiempo y el espíritu nacional, y el mas benemérito esfuerzo en esta esfera científica apenas consigue una desdeñosa compasion, y el triste honor de comparaciones imposibles.

Hé aquí, entre otras, las razones capitales que hacen sumamente estimable ensayos como el del señor Vidart. No hay en este libro una esposicion sistemática de determinada doctrina filosófica, para lo cual se necesita haber llegado á muy alto grado en la cultura del pensamiento ó carecer de ella por completo, esto es, ser ó filósofo (en todo el rigor de la palabra) ó sectario; y aunque el estado intelectual de nuestro pais se aviene mejor con estos que con aquellos, repugna al señor

Vidart formar entre los místicos adoradores de tal ó cual pensador. Ni es tampoco el propósito de este escritor en su apreciable libro explicar sus principios filosóficos, ni aun siquiera presentar una verdadera historia de la filosofía en España; sino (como el título

mismo lo dice) algunas indicaciones bibliográficas acerca de ella, sibien acompañadas, por lo general, de ciertas reflexiones críticas, en que suelen hallarse pensamientos de suma trascendencia. Esta empresa, á que la modestia del señor Vidart ha contraído sus ge-

nerosos esfuerzos, ha sido muy satisfactoriamente desempeñada por el autor, tanto en su primer estudio, donde, entre otros menos importantes, los nombres de Séneca, Osio, Orosio, Liciniano, San Martín Dumien- se, San Leandro, San Isidoro y San Julian, en la edad



VISTA GENERAL DE LA FERIA DE ALBACETE.

antigua; Avicbron, Maimónides, Al-Gacel, Avempas, Jofail y Averroes, por una parte; Raimundo Lulio, Sabunde, por otra, en la Edad media; Vives, Huarte, Gomez Pereira, doña Oliva Sabuco, Foxo Morcillo, Servet, Juan Ginés de Sepúlveda, Francisco Suarez, el obispo Caramuel, Quevedo, nuestros célebres místicos, Feijóo, Ceballos, Santa Cruz, Olávide, Lapeña, Alvarado, Muñoz y Reinoso, desde el Renacimiento hasta nuestros días, señalan la tradición del pensamiento en España, como en su estudio segundo, sobre el estado actual de la filosofía entre nosotros, en que

estima y juzga con mas amplias reflexiones á García Luna, Campoamor, Valera, Uribe y Fernández Espino, entre los partidarios del eclecticismo; á Balmes, Vallegamas, Mateos, Ortí, García Ruiz, Mestres y otros, entre los de lo que llama *espiritualismo creyente*; á Pi Margall y Castelar como hegelianos; á Sanz del Río, Canalejas, Rute, Salmeron y Rios Portilla, en concepto de krausistas; por último, al doctor Mata, á Rubio, Azcárate, Benot y Barcia, como escritores que siguen direcciones individuales propias; sin olvidar como historiadores de filosofía á Quintana, Moron,

Monescillo, Arnau, Cuevas, Laverde Ruiz y Chocano, á mas de señalar infinitas fuentes para el estudio de nuestra tradición científica y de nuestro estado filosófico presente.

Estos dos estudios, consagrados á la exposicion de la historia y estado de la filosofía española, forman mas de la mitad del libro y son quizá lo mas notable completo é interesante que sobre este capital asunto (que tan de cerca nos toca) se ha publicado. El resto de la obra del señor Vidart, comprende algunos artículos ó estudios especiales sobre determinados libros, y que

LAPORTA.

contu
serta
los e
Orti
nimo
cient
todos
de E
se, d
Orti
ber c
zone
sus c
cons
causa
en lo
El
testa
baste
mien

La
apási
risca
los s
dos r
ligio
otra
un e
aque
dian
que
cuya
les m
hero
ligio
peya

En
de tr
que
gües
estos
sos,
mas
tenic

La
celeb
peto
tanta
y cri
los a

Ca
comp
del C
gonz
quisi
tado
la ce
ellas
noble
de co
potes
dar
tiem

Co
fiesta
pare
en el
glo X
que
dia
bajo
Virg
efect
mism
la pa
tanci
capit
truy
Cata
en q
ta el
la fe
de 1
dias.

En
feria
seos
las ó
el em

(1)
Princi
(2)
apare
sarun
como
marq

contribuyendo á esclarecer el asunto del suyo, ha insertado en él por vía de apéndice. Los consagrados á los escritos de los señores Ruano, Abarzuza, Tubino, Ortí, Castro (don Fernando), dos impugnadores anónimos de *Lo Absoluto* de Campoamor y al movimiento científico en Cuba, merecen singular mención, y entre todos ellos ninguno tal vez como el que, bajo el título de *Escolasticismo renovado y el armonismo de Krause*, dedica al exámen de la última producción del señor Ortí y Lara, cuya escrupulosa religiosidad no debe haber quedado grandemente agradecida á la copia de razones con que el autor de *La filosofía española* coloca sus doctrinas filosóficas entre las mas contrarias á las constantemente defendidas por la Iglesia, y como cercanas al nominalismo sensualista condenado por ella en los escolásticos.

El libro del señor Vidart (1) merecia por su incontestable mérito, mas detenido y profundo exámen; pero baste lo dicho, para señalar su importancia en el movimiento intelectual contemporáneo.

J. N.

LA FERIA DE ALBACETE.

La raza árabe, raza noble y caballeresca, ardiente y apasionada, se unió un día á la turbulenta raza berberisca, insidiosa, pérfida y cruel como sus antepasados los sanguinarios numidas. Los lazos de union de estas dos razas de tan diferentes instintos, fueron la idea religiosa por una parte, y el interés de conquista por otra: apartadas del mundo de Occidente tan sólo por un estrecho de mar, es bien sabido cómo franquearon aquel estrecho posesionándose de nuestra España, mediante una lucha gigantesca, tenaz é incesante, aunque sin poder desalojar enteramente á los cristianos, cuya fe se mantenía firme en medio de los mas crueles martirios, y cuyo esforzado ánimo sobrepujaba al heroísmo, dando á esta lucha de razas y de odios religiosos el levantado y sublime carácter de la epopeya.

En una guerra de ocho siglos debía haber períodos de tregua, la guerra misma los hacia necesarios para que, en tanto, el comercio, al par que realizaba pingües utilidades, prodigase inmensos beneficios; y en estos días de paz, cada vez mas frecuentes y numerosos, se verificaban las ferias, conocidas ya en épocas mas remotas y que, aparte tiempos y costumbres, han tenido siempre la misma tendencia y objeto.

La historia registra entre las mas famosas de las que celebraban los árabes, la de Albacete, siendo tal el respeto que infundía, cuentan las crónicas, que, no obstante la profunda enemistad con que se miraban moros y cristianos, se guardaban durante ella amistosamente los armisticios y hasta se protegía á los viajeros.

Calatañazor, las Navas y el Salado prepararon la completa independencia de España, y los vencedores del Guadalete, vencidos en el Genil, se retiraron avergonzados para siempre de un país que creyeron conquistado. Desde entonces, ya no hubo que ajustar tratados de paz en ningún punto de la monarquía para la celebración de ferias, porque los moros asistian á ellas como pueblo vencido y subyugado, y los reyes y nobles siguieron legislando en la materia como tenían de costumbre, arbitraria y caprichosamente. Hoy es potestativo en las municipalidades establecer, trasladar ó suprimir ferias, por real decreto de 28 de setiembre de 1853.

Con el carácter predominante de función religiosa y fiesta popular, vemos reaparecer la feria de Albacete en el segundo tercio del siglo XVII, y esta festividad, que se celebraba desde el día 7 al 10 de setiembre bajo la advocación de la Virgen de los Llanos, se efectuaba en el convento del mismo nombre, situado por la parte del Mediodía á distancia de una legua de la capital (2). En 1783 se construyó en las eras de Santa Catalina parte del edificio en que desde entonces hasta el día viene celebrándose la feria, que por real orden de 1834 se amplió á ocho días.

En la actualidad, es la feria uno de los mejores paseos de Albacete en todas las épocas del año, tanto por el embellecimiento de aque-

(1) Véndese á 12 reales en las principales librerías.
(2) El antiguo convento ha desaparecido ya; muéstrase en su lugar un bello palacio, propiedad, así como el terreno anejo, del señor marqués de Salamanca.



INUNDACION DE TORTOSA—VISTA DE LA CALLE ANCHA, TOMADA DE UNA FOTOGRAFÍA DE MR. LEON.

llos sitios, como por la corta distancia á que se halla de la población.

En efecto; la ancha calle de la feria termina en un

paseo poblado de corpulentos y frondosos olmos, al través de los cuales se dejan ver, á derecha é izquierda, varios edificios, huertos y jardines que hermosean aquellos sitios. Al fin de este paseo se estiende, mas que se levanta, el vasto y gigantesco edificio de la feria.

Pasada la gran verja que da entrada á este severo edificio, hay un estenso espacio rectangular de fábrica sencilla, con dos galerías de tosca arquitectura á sus costados; al frente, se ve otro edificio de regulares proporciones, que en el centro esta horadado por un arco *carpaner* ó *asa de cesta* muy rebajado, el cual da acceso á dos recintos circulares concéntricos, de igual gusto y arquitectura que el rectángulo de que queda hecha mención. Tanto las galerías del rectángulo como las que forman la circunferencia de los dos círculos concéntricos, se dividen en espacios simétricos y regulares que demarcan las tiendas de comercio que allí se sitúan. Triste, solitario y desnudo todo el año

ALMANAQUE DE EL MUSEO UNIVERSAL.



HISTORIA DE LOS DOCE MESES DEL AÑO.

este edificio, cuando llega su buena época, esto es, desde el 7 al 15 de setiembre, está lleno de alegría y movimiento, abre hospitalario sus puertas y se deja invadir por una multitud que lo viste y adorna profusa y caprichosamente.

No es esto solo; al exterior, se ve rodeado de sencillas casetas á que sirve de amparo, y de rústicos y alegres vivaques, que dan á la feria el carácter de franca y festiva romería: despues, la ordenada hilera de carros, que, guardando la forma de herradura en su colocacion, rodean á su vez los vivaques, constituyéndose ellos mismos en tiendas de campaña al servicio de sus respectivos dueños, que á su inmediacion y al aire libre vivaquean tambien, sin perder de vista los bieltos, horcas, palas, rejas y demás aperos de labranza que componen su mercancía, y que hacinados con lo que podríamos llamar un *ordenado desconcierto* tapizan y se elevan por encima de las paredes de la casa feria: por último, la esposicion de ganados mular y vacuno, que detrás de todo y para ser vendidos, se estienden por una inmensa llanura, convierten aquellos sitios en un interesante y variado conjunto que se resiste á ser descrito en sus detalles, por lo mismo que éstos se ofrecen en prodigioso número.

Pero el colorido, la vida del cuadro está en la continua movilidad, en el incesante clamoreo, en la variedad que ofrece el contraste que se observa aun en la misma uniformidad, porque aquí la concurrencia es como una inmensa y caprichosa ola que se divide y subdivide hasta lo infinito, pasando y repasando, sin darse cuenta de que pasa cien veces por el mismo sitio; porque la voz humana en un mismo tiempo y á todos los compases, recorre los innumerables tonos de ese monstruoso instrumento que hemos dado en llamar una muchedumbre; porque el paso que dais os lleva, sin saber cómo, de la lujosa platería al esportillo del vendedor de torraos, del calderero al coyachuelista, de éste al confeccionador de drogas, y desde el cejijunto moro que vende dátiles y os lanza una desdeñosa mirada á la altura de su blanco turbante, á los improvisados caballos del *Tío vivo*, en que los chicos os atropellan, las mujeres os gritan y estrujan, y los hombres os ahuman. Hasta la uniformidad misma presenta el mas peregrino contraste: recorreis las tiendas de cualesquiera de los dos recintos, y como son iguales en dimensiones, no las sabrías distinguir, á no estar numeradas; su aspecto viene á ser el mismo; dais vueltas y vueltas, sin encontrar lo que buscáis; pero deteneos tres minutos en cada una: distintos géneros y distintas personas; en ellas vereis representadas todas las industrias y todas las provincias, y observareis, en contraposicion á las buenas formas del comerciante, la bastarda práctica del mercader y las malas mañas del mercachifle.

Abandonad tiendas y tenderos, lanzaos al paseo de la feria en busca de fuertes impresiones de viaje, de profundas emociones, de trágicas historias, de horrores de naufragios, guerras navales, etc.: por la mísera cantidad de cuatro cuartos, disfrutais de tan sabrosos esparcimientos en los ambulantes cosmoramas que os salen al paso. Preparados de esta suerte, los peligros de la plaza de toros, á donde forzosamente habeis de ir despues, os parecerán un grano de anís, como les parece al millar de espectadores que á ella acuden provistos de sus formidables garrotes de feria, género que abundantemente se espende.

Por último, los teatros al aire libre de la feria, y los que se habilitan en la ciudad en agravio y daño de la higiene, os abren tambien sus puertas y os proporcionan el medio de pasar, si así lo quereis, los ocho días que dura la feria, en continuo espectáculo.

Una precisa aclaracion, antes de terminar esta ligera reseña. El cuadro de que queda hecho bosquejo, varía de tonos; y se comprende bien: la tibia luz del crepúsculo, la fuerte luz solar y la melancólica luz de la luna, son tres luces distintas que no pueden alumbrar del mismo modo una misma escena; ni los actores de esta escena se encuentran á todas horas en igual tension de espíritu: tanto tiran de la cuerda en las veinte y cuatro horas que tiene el día, que al fin la cuerda se rompe y dan con su humanidad en tierra.

La *cuerda*, sin embargo, este año ha estado constantemente floja, efecto de la laxitud de bolsillo que se experimenta; las diversiones ruidosas, incitantes; pero las cabezas reflexivas, frias, por demás frias; figuraos que ni por un ojo de la cara se ha visto un beodo, y esta desusada formalidad y temperancia ha chasqueado á los pobres comerciantes. ¡Culpa ha sido de los tiempos, que no de las voluntades!

En la feria de este año, cosa rara tambien, no ha habido fieras. Es una noticia que debo dar con cierta reserva, pues algunos aseguran haber visto muchas; pero yo, en honor de la perspicacia de los maestros domadores que han previsto el mal negocio que iban á hacer, quiero dejar consignado, que no he visto *animales inteligentes, ni fieras domesticadas* este año de gracia de 1866, en la feria de Albacete.

EDUARDO LOPEZ Y GONZALEZ.

INUNDACION DE TORTOSA.

Uno de los pueblos donde mas desgracias ocasionaron las inundaciones de octubre último, fue en la ciudad de Tortosa. El grabado que hoy damos, representa la vista de la calle Ancha, tomada por el fotógrafo Mr. Leon el día 22, en las aguas bajas, donde se ven dos coches, diligencias arrebatadas y aplastadas por la fuerza de la corriente, dos lanchas con varias personas que, restablecidas de su primera impresion, vuelven á sus casas, y algunos otros objetos. El Ebro fue creciendo hasta la media noche del 22, en que principió el descenso de las aguas, habiendo resistido el puente de una manera admirable, en medio de una impetuosa corriente, sostenido solo por cuatro cables de alambres, dos en cada uno de sus extremos, lo cual demuestra la prodigiosa fuerza de este sistema de cuerdas. Los estribos y el tablero quedaron casi inservibles, las tres cuartas partes de la poblacion anegadas, y la huerta completamente invadida por la altura é impetuosidad de las aguas del Ebro. El vecindario todo señalaba como la causa única de tantas desgracias; de la muerte de muchas personas y de la ruina de tantos intereses como se perdieron en la horrorosa noche del 21 al 22, la existencia de la muralla exterior del Rastro, la cual cierra enteramente el barranco del mismo, y no tiene mas que una pequeña puerta para dar entrada á las aguas; esta puerta se obstruyó con los árboles y broza que bajaban al barranco, haciendo que se acumulasen en él fondo del cauce hasta adquirir la altura de unos 40 palmos, momento en que, no pudiendo ya resistir el merlon de la muralla, se desplomó, dejando precipitarse las aguas sobre la ciudad desde la altura de dicha muralla, como si cayesen de un azul. Las autoridades, los ingenieros, los oficiales de la administracion militar y de infantería, y los vecinos en general, se mostraron infatigables, dando pruebas de grande abnegacion y heroísmo, ya dictando las medidas convenientes para evitar ó disminuir, al menos, los estragos de la inundacion, ya acudiendo á los infelices que reclamaban su auxilio, y de los cuales lograron salvar á muchos. Las desgracias personales fueron numerosas á pesar de esto, y todo relato de ellas y del estado de la poblacion seria pálido en comparacion de la espantosa realidad; baste decir, que por donde quiera que los ojos se fijasen, no se veian mas que escombros y ruinas, un metro de barro cubriendo las calles y hasta los pisos principales de toda la parte baja de la ciudad, y debajo enterradas las riquezas de aquellos vecinos.

MAL DE OJO.

(CUENTO)

(CONCLUSION.)

Y cómo Antonia siguiera callada, porque ni su razon ni su lengua se movian, la corcovada siguió gritando como poseida del demonio:

—Hablad, malaventurada; hablad, piltrafa, hija de tal. ¡Tan brava y tan arriscada para quitar á una mujer honesta su marido, y su padre á una criatura inocente, y tanto miedo porque os hagan *mal de ojo*! No habeis temido que se os ensuciara el alma, y os acobarda la suciedad del cuerpo. Hablad, por vuestra vida; hablad y decidme, si lo sabeis, cómo se llama el hombre de que há poco os preguntaba. Esforzaos un poco, fantasía, porque si no lo decís...

La corcovada levantó el puño cerrado con el cuchillo entonces y anenazando á la hija de maese Estéban; Antonia tuvo mucho miedo, y vióse forzada de caer de hinojos delante de Blasa, y de decir poco á poco:

—Perdonadme, perdonadme... Se llama Diego... y es vuestro marido... Pero no me hagais mal... yo le despediré; júrolo á Dios.

Blasa de nuevo asió de la cabeza de la comedianta, y púsose á mirarla como enantes, á tiempo que la decía con voz mas oscura:

—¡Que os perdone, me pedís! ¿Háseos figurado que soy ya una mujer? ¿Háseos figurado que ya me es dado perdonar? Pues ¿basta solo decir entre temerosa y hipócrita «perdonadme» para que la mujer á quien vuestro padre arruinó, como un ladrón judío, y de quien vos habeis secado el corazon y envenenado el alma se olvide de su perdicion y desventura? Si os perdono, decidme, ¿para qué he conservado esta vida importuna que arrastro? ¿Por qué vivo, si no es por veros tan desdichada, tan desesperada y mas que yo? Si os perdono, ¿qué diré á mi hijo cuando me pida lo que no le puedo dar por vuestra culpa? ¡Que no hay mas de perdonar! Remediad vos el daño hecho; volvedme el marido honrado y la hacienda que perdí, borrad de mi existencia la mancha que la ha tornado negra, dadme toda la calma y todo el reposo que perdido habemos Diego y yo, dadme toda la salud y toda la hermosura que de mi hijo huyeron, y entonces se os podrá perdonar; si esto no me dais, y he yo de ser maldita de Dios y de los hombres, andad, perdida, y sed vos tan maldita como yo.

Soltó la corcovada la cabeza de Antonia, y ésta cayó de espaldas sobre el pavimento, pero sin que perdiera el sentido y la razon. A este punto, Diego llamó á la puerta de la calle con los dos golpes de que habíase valido Blasa para entrar. La gibosa comenzó otra vez á reír como cuando por la escalera de la casa subía, diciendo á la vez:

—Ahí le teneis, vuestro amor, que os avisa para que arrojeis de vuestro aposento á los que os favorecen y á él tambien. Ahí se os viene el pacientísimo Diego, para cenar con vos lo que trujeron vuestros enamorados. Decidle que aquí estuve, y que héos hecho *mal de ojo*, y que presto os verá tan fea, horrible y desgraciada como yo. ¡Andad, andad, hermosa, que ya os ha caído la maldicion de la mujer ofendida! ¡Maldita seas, vos y vuestras generaciones, y vuestro padre, y vuestra madre, y vuestros amantes, en todos los días de vuestra vida y de la vida de ellos! ¡Maldita! ¡Maldita!

Dejó Blasa la pieza en que yacia inmóvil la comedianta, guarecióse en un hueco del rellano de la escalera, tiró del cordelillo que á la puerta de la calle se añudaba, abrióse, y entró Diego cabeceando aun del vino de la calle del Lobo. Trabajosamente subió al aposento, sin topar con Blasa que, pasado él, bajó al portal, y de allí salió á la calle, y enderezó á las huertas del Gobernador, á do tenia de limosna un cuartico en que reposar su miseria y trabajos.

X.

Dende allí en adelante, y conforme á la profecía de Blasa, Antonia la comedianta no pudo apartar de su pensamiento la maldicion de la corcovada, ni dejó de ver siempre, á todas horas, y en todo lugar los penetrantes ojos de la mujer de Diego. Traíalos sobre los suyos como carga perpétua, y turbábanla lo mismo que la turbaron en la noche que por primera vez los vido. Cuando dormía, rendida del cansancio de aquella vision, despertábase sobresaltada por el último grito de la gibosa que la maldecía, y apenas vuelta en sí, si dejaba de oír la voz de Blasa, via sus ojos. Por las tardes, cuando se corría la cortina del teatro y salía el bobo á recitar el introito de la farsa, Antonia miraba por entre los paños al corral, y cuantas mujeres en él habia figurábasele corcovadas, patizambas y feas, como la hija de Prieto, y parecíale que la miraban todas de la propia manera que aquella. Entonces comenzaba de delirar, diciendo mil disparates que nadie, ni el mismo Diego, entendia. Gritaba que todos la hacian *mal de ojo*, y que iba á secarse como una paja y á morir consumida y espiritada. De aquí se siguió que, como no pudiera mas representar, la despidiese el autor de la compañía, y como tan insano estaba su juicio, se despidieron tambien los que antes de verla hechizada acudian á sus hechizos como las moscas á la miel.

Tras la ruina de la razon de Antonia, vino la ruina de su casa, y poco á poco la de su hermosura, con que Diego hizo la postrera y mayor de sus infamias, que fue dejarla, segun que antes habia dejado á su mujer Blasca; y á no vivir aun en Madrid maese Estéban, á quien la picardía sostuvo todo aquel tiempo, y que se llevó consigo á su hija, ésta habríase dejado morir de hambre, pues que tan perturbada estaba su inteligencia.

Lastimaba el verla y oirla sus manías, que todas eran tristes y dolorosas; sentíase aquejada de un gran descaecimiento de fuerzas, de tal modo, que en no cabales dos meses, apenas si ya podia moverse, salvo cuando oia, allá en lo interior de su cabeza, el grito aquel de Blasa maldecíendola, que entonces levantábase con gran violencia, diciendo que estaba allí en la pieza la que le habia hecho el *mal de ojo*: y en todo este espacio, y en el que aun de su vida le quedaba, no dejó de ver los de la jorobada penetrándole en el cerebro y trastornándosele todo.

Al cabo de otros dos meses tenia ya el pellejo pegado á los huesos, y los ojos tan hundidos que costaba trabajo hallárselos; la voz tenia tan débil y apagada, que apenas se la escuchaba. Por fin, quedósele paralizado el movimiento de lo que la melecina llama *vertebras*, y son unos huesos que encajan entre sí desde el nacimiento del cuello hasta bajo, y corren por la espalda, formando el sosten del cuerpo humano talmente dicho. Luego de la parálisis, vino á Antonia una inclinacion del cuerpo hácia adelante, y á la postrera quedó aun mas corcovada que Blasa, mas fea, si ser pudiera, con mas, perdida la razon por efecto de aquella enfermedad á que los médicos dan nombre de *malinconia*, y que el vulgo llama, en su crédula ignorancia, *mal de ojo*.

Tal fue la venganza de Blasca la pañera.

XI.

En cuanto á Diego, pasado algun tiempo de que se hubo separado de Antonia, tuvo un mal encuentro con maese Estéban, el segoviano, que andábase buscando para castigarle por su postrera y detestable accion. Pero, puesto que el de Segovia fuese buen esgrimidor, tiróle Diego un tajo, con que no hubo menester mas,

ni el marido de Blasa para que, venido á manos de la justicia, diese con su cuerpo en las galeras del rey, donde purgó bien su mala vida pasada.

Andando el tiempo, vieron las gentes de la corte á los corcovadillas que pedían limosna; la una en las puertas de las iglesias, y la otra en las de los corrales de las comedias. La primera, tenía en su regazo á un niño enfermizo y enflaquecido: ésta era dulce, y bondadosa; la otra, huraña, asustadiza, idiota. Era la de las iglesias Blasca la pañera, y la de los corrales Antonia la comedianta.

Por lo que hace á la madre de esta última, yo nunca supe qué fue de ella.

XII.

Este cuento, como todos, tiene su moral. Al que leyéndole, sepa hallársela, si lo há menester, le aprovechará. Al que no le entienda, será en vano que se la explique y comente el autor, que se llama

FEDERICO VILLALVA.

EL LIBRO DE MEMORIAS.

(ESTUDIOS MORALES.)

El sabio *Masillon*, rival de *Bossuet* en el púlpito, partió á Marsella siendo muy joven todavía, con el fin de embarcarse y ver mundo. Llegada la hora oportuna, un esquife vino á buscarle. *Masillon* saltó á bordo con la ligereza de los pocos años, y dentro de un instante, el pequeño esquife hacia rumbo al buque principal, surto en medio de la bahía.

Al ejecutar el joven *Masillon* cierto movimiento, se ve retratado en las aguas: permanece en aquella actitud durante algun tiempo, y dice despues á la tripulación del barquichuelo que le conducía:

—Señores míos, he resuelto que me vuelvan ustedes á tierra.

Los marineros cesaron de bogar, mirándose confusos; pero reiterada la orden por el jefe, no hubo otro recurso que obedecer. Arriban al muelle, salta el arrepentido viajero y manda que le trasporten el equipaje. Interrogado últimamente por los marineros acerca de su nuevo propósito, contestó: —Digan ustedes á su capitán que renunció al flete, y que deseo muchas prosperidades al buque y á él.

Masillon creía que el buque era antes que su capitán.

Pasan muchos años; los primeros triunfos del orador católico consiguieron fijar la atención de París, esto es, del pueblo mas veleidoso del mundo. Entonces empezó á circular el rumor de la aventura de Marsella, porque la gloria lo resucita todo.

La gloria humana es una mujer; como mujer quiere engalanarse; como mujer se mira al espejo y ama las joyas. En la aventura de *Masillon* vió la joya de un grande hombre, y quiso engalanarse con ella. ¿Quién no tolera este capricho á una mujer?

Muchos parisienses preguntaron al que en otro tiempo se habia embarcado en el pequeño esquife, la razon que tuvo para hacer lo que hizo.

Masillon sacó un viejo libro de memoria, y empezó á decir:

—Yo, señores, me habia visto retratado muchas veces en los espejos; pero nuestros espejos son retratos del arte. Me habia visto retratado tambien en el lienzo; pero nuestros lienzos son del mismo modo retratos del arte, y las creaciones de nuestras artes son mentiras muy bellas, pero son mentiras. Luego me embarqué; era niño en mi casa y queria ser hombre en el mundo: me miré retratado en las aguas del mar, y al encontrarme con mi verdadero retrato, porque las aguas son retratos de la naturaleza, eché de ver una cosa en extremo notable: me pareció, señores que la copia se reía del original, que mi retrato se reía de mi cara, que el *Masillon* hombre se reía del *Masillon* niño, y yo queria viajar; pero no dar que reír. Me volví á tierra inmediatamente, me encerré con mis libros y escribí en este viejo cuaderno de memoria lo que pueden ustedes leer.

Uno de los asistentes leyó alto:

Primero que el dos, es el uno. Intentar conocer á la humanidad que está en otros, antes de conocer á la humanidad que está en mí, es querer morir sin conocer á nadie; el que no es sabio dentro, no será sabio fuera. Primero *Masillon*, luego el buque.

Estas palabras, cuya lectura cuesta tan poco, tienen una práctica que cuesta tanto, que tal vez en la multitud de generaciones que se han sucedido desde que el mundo existe, no han visto la luz cien *Masillones*.

OCTAVIO MARTICORENA

A UNA MUJER.

(SONETO.)

¿Por qué me dices que cual débil hiedra,
por huracan indómito azotada,

del árbol protector ya separada,
el nebuloso porvenir te arredra?

¿Por qué me dices que veloz desmedra
la flor de tu belleza delicada,
si has convertido, torpe y desalmada,
mi tierno corazón en dura piedra?...
Cesen, si no los finges, tus afanes;
pues antes que volver de tu falsía
á verme envuelto en los inícuos planes,
será el rugiente mar enjuta vía,
y nieve la erupcion de los volcanes,
y negra sombra el luminar del día.

PEDRO MARÍA BARRERA.

Llamamos la atención de nuestros lectores sobre la última plana de EL MUSEO de hoy, en donde damos las caricaturas de los meses del año, como una ligera muestra de la parte festiva de nuestro Almanaque, que alternando con la seria, tenemos la confianza de que ha de agradar al público, que constantemente nos ha distinguido con su deferencia.

HISTORIA DE UN AMOR DESGRACIADO.

I.

Para comprender el sentido de la relacion que vamos á hacer, es necesario que nuestros lectores nos permitan algunas pocas palabras acerca del estado de España á principios del segundo tercio del siglo, que es cuando tuvo lugar.

La revolucion francesa de 1793, desfigurada por la imprevision y las pasiones políticas, manchada de sangre y llena de yerros individuales y sociales, habia llegado á España perturbando y espantando el ánimo de la generalidad. La nacion, que habia pasado bastantes siglos en lucha incesante con todos los poderes aristocráticos (pues á nuestros ojos, lo mismo lo eran el trono que la cogulla), con el fin de llegar á una armonía política y civil, á cuyo concierto viviese regida por las leyes de la justicia; de paso en paso y de jornada en jornada, la habia alcanzado, perdiendo su autonomía y quedando á los pies de un hombre que, negando al clero que su poder derivase de Dios, y afirmando á los pueblos que su cetro venia de derecho divino, gobernaba las cosas á su antojo ó á su juicio, segun la capacidad y conocimiento que tuviese.

Si bien la nacion se habia opuesto con las armas á aquella armonía ficticia, lo tenia ya olvidado, y con la influencia de la Iglesia nacional, de la majestad del Estado y de la ignorancia y esclavitud de la prensa, aceptaba aquel yugo como si viniese de la naturaleza, y aun se habia encariñado con él á causa de haber tenido algun buen rey entre innumerables malos; de suerte, que atribuía las grandes imperfecciones del régimen á la bondad de los monarcas explotada por la astucia de los favoritos. Por esto, á pesar de la tradición histórica, bastante relacionada con los sucesos de Francia, el pueblo español vió con antipatía los actos del francés, acabando de enemistarse la invasion napoleónica. Así es, que llegamos á la mitad del primer tercio del siglo, sin que sospechésemos que se preparaba y se necesitaba una reforma política y social.

Pero algunos doctos, que desde muchos años antes seguían atentamente los pasos de las escuelas extranjeras, vieron mejor la revolucion francesa, y estudiándola y relacionándola con la historia de su patria, conocieron la necesidad de aplicarla y esperaron la ocasion de hacerlo. Presentóseles con motivo de las Cortes de Cádiz, y volvieron la monarquía, la Iglesia y la nobleza á su antigua situacion, ensalzando el estado llano hasta ponerlo cerca del estado aristocrático.

No siendo comprendidos, cayó su obra; pero la lucha de la Independencia habia reanimado el espíritu individual, se habian establecido mas comunicaciones con Francia é Inglaterra, y entonces fueron muchos los que, teniendo ocasion de comparar el estado de su patria al de otras naciones, se avergonzaron de su esclavitud, y conocieron tambien la necesidad de hacer reformas sociales y políticas. En 1820, ya se atrevieron á decirlo públicamente; en 1830, hicieron aceptar sus ideas al Estado.

Este movimiento habia levantado un poco las antiguas barreras que existían entre las clases sociales, sin destruirlas ni mellarlas. El trono estaba en mas contacto con la nacion; los ciudadanos vivían en mas intimidad con los nobles. Se decía que los hombres eran iguales; que la medida de las eminencias sociales era la inteligencia; se improvisaban fortunas que los aristócratas se veían obligados á acatar; en una palabra, se habia dado el primer paso, ó para incorporar el estado llano en la nobleza, ó para poner la nobleza al nivel del estado llano.

Inútil es decir, que los nobles toleraban estas rela-

ciones, mas que no las consentían ni permitían, pues además de la preocupacion con que se mira al hombre á quien de tiempo inmemorial se ha considerado inferior, los aristócratas no sabían avenirse á tratar como iguales á los que no tenían la educacion social y finura que ellos recibían en la cuna. Pero las circunstancias podían mas que todo su orgullo y antipatía y preocupacion; y la aristocracia, mal que le pesase, tenía que dar la mano á su rival poderosa, la clase media.

De estas relaciones nacieron conflictos peregrinos, que venían cubiertos unas veces del luto de la elegía, y otras de la agradable expresion de la comedia.

Al primer género pertenece la historia que vamos á referir, de un amor desgraciado.

II.

En una ciudad marítima de provincias, vivía la familia Aguiló, que con la actividad personal de su jefe y la ayuda de las circunstancias, habia puesto una fábrica de hilados. Como las nuevas comunicaciones abiertas entre las provincias, la abolicion de algunas trabas sociales y la efervescencia de la nacion, habian dado impulso á la industria del país, esta familia prosperó en poco tiempo con el aumento de pedidos y el crédito que le hicieron los comerciantes y hombres de negocios con quienes estaba relacionada.

Tenia un joven llamado Federico, único hijo que le habia nacido; y como la casa prosperase mas cada día, los padres pensaron darle una buena educacion, figurándose, no exageradamente, que alcanzaria en la industria un porvenir brillantísimo.

No era su idea hacer de él un aristócrata por su trato, su finura, su elegancia; ó un sabio que pudiese amañar desde la cátedra ó la prensa á la generacion con la cual habia nacido; ni un hombre político que, primero en el periodismo, luego en la tribuna nacional, y al fin en un ministerio, defendiese los derechos del país y lo llevase á su destino; aquellos cuerdos padres no se proponían mas que hacerle un buen industrial, un hábil comerciante, un entendido hombre de negocios.

Federico secundó bien estos proyectos, pues cuando niño, sin desnaturalizarse, fue dócil, aplicado, buen observador de sus deberes; cuando muchacho, amante del progreso y de la libertad, aficionado al estudio y amigo del trato social; cuando joven, entró en la milicia, tomó parte en algunas sublevaciones, apenas dejó de asistir á una fiesta privada de las mas lucidas, y no faltó jamás al cumplimiento de sus deberes escolásticos.

Su instruccion no era variada, pero en el ramo industrial tenia buenos conocimientos; estudió el derecho relacionado con el comercio; estudió las ciencias naturales que son de la esfera de la industria; estudió mecánica y cuatro lenguas europeas: francés, inglés, italiano y alemán. No tenia conocimientos en bellas artes y bellas letras, pero era entonces el tiempo del romanticismo; estaba en boga ocuparse de ellas en todos los círculos; no habia periódico que no las dedicase frecuentes artículos; la aparicion de un drama ó de una novela se miraba como un importante acontecimiento; arrebatábanse de las librerías las poesías líricas; habia luchas en las puertas de los teatros para oír la ópera nueva; en fin, la pintura y la arquitectura habian cobrado el antiguo favor popular, ya que no el antiguo esplendor artístico; de suerte, que Federico, joven de entendimiento despejado; sensible, imaginativo, entusiasta, las tuvo afición y hablaba y discurría de ellas, si no con ciencia, al menos con amor y gusto.

Los estudios facultativos le habian obligado á pasar á la capital de la provincia, ciudad la mas importante de España por la riqueza y la industria, donde vivió cinco años, hasta cumplir veinte y dos de edad. Entonces le llamó su padre, deseoso de que pasase al extranjero, para completar, viajando por los países industriales, su instruccion especial.

Federico partió y estuvo dos años ausente. Vió lo que le convenia de Francia, Bélgica é Inglaterra, donde compartió el tiempo entre el trato social y el estudio, adelantando no sólo sus conocimientos científicos, sino perfeccionando tambien su educacion. Entonces supo ser fino, sin ser coqueton; serio, sin cansar; ligero, sin ser superficial; apasionado, sin ridiculizarse: en fin, fue un joven con quien el sabio y la mujer conversaban con gusto. Disponíase á pasar á Alemania, cuando habiendo recibido aviso del dependiente principal de su casa de que su padre habia caído enfermo, lo aplazó y regresó á España.

Al llegar á su casa, la encontró en duelo; su madre le salió á recibir vestida de luto y anegada en llanto; los empleados estaban tristes. Tuvo un cruel presentimiento y se estremeció de pies á cabeza. Preguntó por su padre, y le dijeron que habia muerto. Era el primer golpe que recibía aquella naturaleza bella, ufana, radiante, y por consiguiente, esperimó un dolor estremado: durante algunos dias, estuvo abortivo y como preso de una duda tenaz; ya no lloraba; meneaba melancólicamente la cabeza, se apretaba la frente con ambas manos, se hablaba con asombro á sí mismo.

Pasó aquella esplosion del dolor: Federico se calmó;

ALMANAQUE LITERARIO DE EL MUSEO UNIVERSAL PARA EL AÑO 1867.



ENERO.

El marido.—¡Que no entre ese caballero!
La mujer.—¡Vaya! ¡Justicia de enero!



FEBRERO.

Si febrero sigue loco,
al año le falta poco.



MARZO.

—¿Qué va á ser?—Voy á casarme,
y quisiera *marzearme*.



ABRIL.

Las mañánicas de abril
ofrecen encantos mil.



MAYO.

Nobles hijos de Pelayo,
víctimas del *Dos de Mayo*.



JUNIO.

—¡Buena la has cogido! ¡Buena!
—Mujer... ¡si estoy de veruena!



JULIO.

Mujer, por veranear,
nos vamos á achicharrar.



AGOSTO.

Ve lo que en los circos pasa
y lo repite en su casa.



SEPTIEMBRE.

Los vates y los actores
se prometen mil primores.



OCTUBRE.

—¡Es que el drama es infernal!
—¡Es que usted lo hace muy mal!



NOVIEMBRE.

—¡Está alegre el Campo Santo?
—¡Divino! ¡He gozado tanto!



DICIEMBRE.

¡Reos que la Noche-Buena
sufrirán la última pena!!!

Este ALMANAQUE, debido á los escritores mas populares de España, y que contiene, en casi su totalidad, producciones de gran mérito que ven por primera vez á luz pública, en las que alternan lo festivo con lo serio, lleva profusion de grabados, hechos por los primeros artistas, y que interpretan de una manera admirable los diversos asuntos, igualmente serios y festivos, que llenan las páginas de este libro, cuya amenidad estamos seguros de que ha de satisfacer plenamente á los lectores

pensó un poco mas en su madre, se acordó de los negocios, y empezó á ocuparse en la administracion de la casa. Pero se habia modificado. No era el jóven bullicioso y de ardor febril que se dió á conocer en las variadas ocupaciones que hemos dicho: habiéndose concentrado, mostraba ser muy reflexivo y de una voluntad invencible. Hablaba poco, pero sus palabras tenian fondo: indicio de que sólo decia lo necesario.

Así pasó un año. Federico era entonces un mozo agradable por su figura y trato. Sin ser alto, tenia buena estatura, el cuerpo desarrollado por los ejercicios gimnásticos y guerreros, y la fisonomía, aunque no era bella, interesaba por la regularidad de las facciones y la claridad con que reflejaba el buen estado de su entendimiento y la bondad y melancolía de su corazón.

El nuevo puesto social en que le habia colocado la muerte de su padre, habia aumentado sus relaciones locales, trascendiendo su influencia á los asuntos políticos, á causa de sus conocimientos é ideas liberales.

Así es, que ni podia escusarse de asistir á ciertas reuniones, ni hacia un papel secundario en acontecimientos políticos. Un dia, salió elegido capitán de la milicia, y habiéndose acercado poco despues la faccion al lugar, dispuso el gobernador saliesen á escarmentarla alguna tropa y la compañía de milicianos que él mandaba. Los carlistas eran superiores en número; rechazaron á los liberales y dispersaron á soldados y milicianos. Todo estaba perdido, cuando Federico, que se retiraba con una docena de hombres en buen orden, viéndose apretado por un peloton de enemigos á cuyo frente estaba el cabecilla, se arrojó desesperado sobre ellos, les sorprendió con su brusquedad, mató de un sablazo al cabecilla y dispersó el peloton. Entonces reanimados los que huían, se detienen, vuelven á la pelea, ahuyentan á los carlistas y regresan á la ciudad con la victoria y prisioneros. La gloria era para Federico y le propusieron para una cruz. A poco, habiéndose de proceder á elecciones, pareciéndole que no convenia el candidato propuesto por el gobierno, tra-

bajó en contra con tal actividad é inteligencia, que le arrancó una victoria segura.

Estas acciones, conquistándole popularidad, le dieron mas importancia; solicitaron su amistad las personas de mas figura de la poblacion; y habiendo trabado relaciones con un marqués, paisano suyo, no pudo escusarse de visitarle y frecuentar su casa.

(Se continuará.)

LUIS CARRERAS.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR:

El jamón saca de apuros á la cocina española.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAR.
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 1.